

Y yo lo leo primero. —J.

Si lo encuentras, devuélvelo. Por favor.

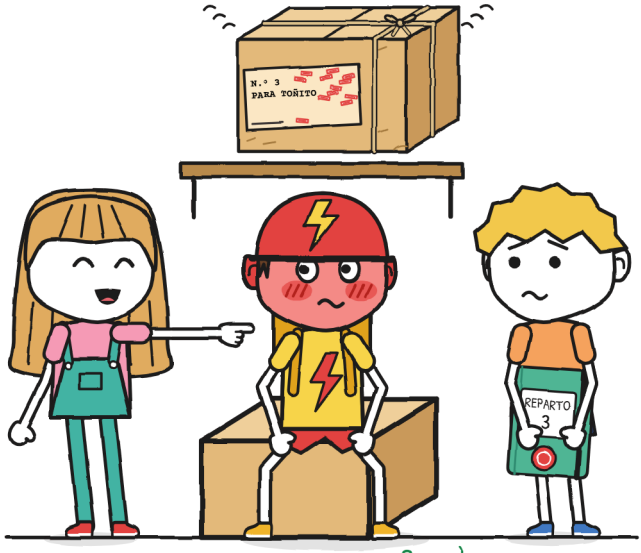


Este sello marca lo que solo pasa en el cuento: los paquetes de verdad no vuelven volando. Con una bici de verdad, manda la última página. —J.

ENTREGAS IMPOSIBLES · 3

Devuelto, por favor

Lui Eriksson



(el cuaderno de Guni)

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 3

Devuelto, por favor

Tercer libro de la serie. Los anteriores: «Este paquete muerde» y «No abrir antes del trueno».

Texto e ilustraciones: Lui Eriksson

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

Primera edición: 2026

© 2026 Lui Eriksson · info@linguaula.com

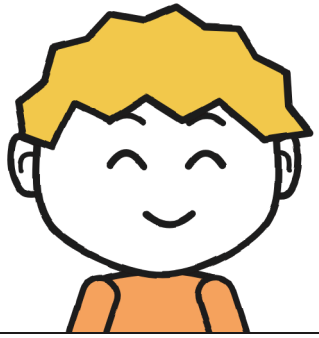
Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Tipografías: Andika, Patrick Hand, Caveat y Courier Prime (licencia SIL OFL).

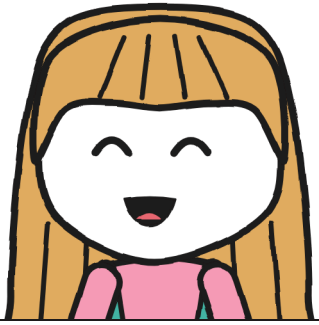
Trabaja cada capítulo en linguaula.com

Ningún repartidor resultó herido durante la escritura de este libro. Colorado, sí. —J.

QUIÉN ES QUIÉN



Guni. Repartidor de los sábados. Dibuja cosas que nadie le ha pedido. Este cuaderno es suyo.



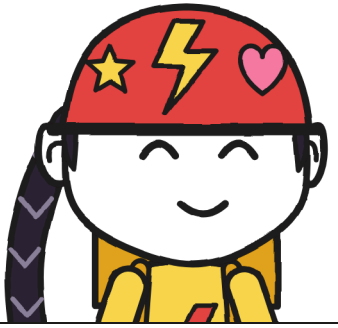
Julita. Escribe en verde y firma J. Siempre sabe cómo ayudar. Ese es el problema.



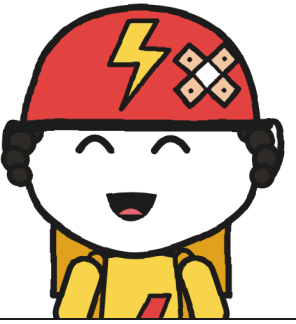
Toño. Reparte para RAYO, en bici. En diez minutos o gratis. Se pone rojo por partes.



Mara. La dueña de Entregas Imposibles. Lleva sombrero de bruja. Sabe más de lo que dice.



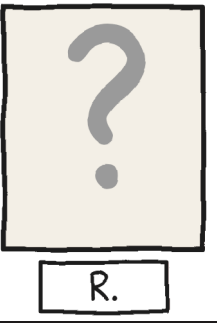
Zoe. De RAYO. La más rápida. Pone los motes.



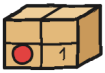
Bruno. De RAYO. Pinchó una vez. Hace dos años.



El paquete n.º 3. Suena cuando lo mueven. En la etiqueta solo pone un nombre.



R. Manda los paquetes que nadie consigue entregar. Nadie dice su nombre.



CAPÍTULO 1

Tilín

Tilín.

Fue un ruido muy pequeño, de los que solo se oyen cuando todo lo demás se ha callado: una cucharilla contra una taza, el timbre de una bici de juguete. Venía de la estantería de los devueltos, y los cuatro que quedábamos en la tienda de Mara nos quedamos tan quietos que se habría oído caer una chispa del sello.

La tormenta se había ido hacía rato. Julita seguía subida a mi taburete azul, con el rotulador verde en alto y el 18 recién escrito al lado del 19 tachado. Mara tenía una mano a medio camino de la persiana. Yo, que no sé qué hacer con las manos ni en los mejores momentos, no hice nada con ellas.

Era el n.º 3. Y Toño, que reparte para RAYO en diez minutos o gratis, se puso del color de su casco.

El cuaderno era nuevo. El 2 se me acabó en una sola tormenta; este es verde, lleva en una esquina el sello de la tienda y lo iba a

estrenar yo, con ceremonia: título en la primera página y una palabra nueva.

CUADERNO DE REPARTO 3 · de Guni. SECRETO.

«Secreto» significa que lo leo yo primero. Y no se lo cuento a nadie. —J.

Escribí el título con la lengua fuera y fui a por una goma, por si me había quedado torcido. Cuando volví, ya lo había estrenado Julita.

—Te lo he estrenado para ayudarte —dijo—. De nada.

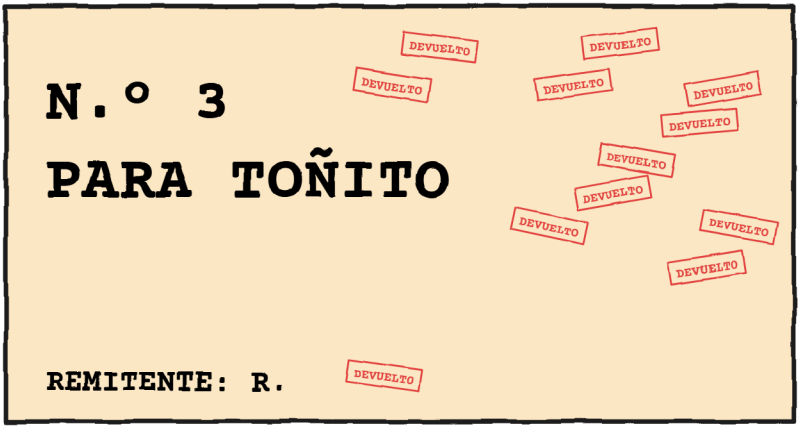
Yo no le había pedido ayuda. Con Julita, eso da igual.

Lo demás, por si algún día lo lee alguien que no sea ella. La tienda se llama Entregas Imposibles y es de Mara, que es bruja, lleva sombrero morado y tiene un sello que, al estamparse, suelta chispas con olor a vela apagada. En la estantería de la izquierda guarda los devueltos: paquetes que nadie ha conseguido entregar. Tienen una sola regla: si quien recibe uno no firma la etiqueta con tinta que no se borra, al amanecer el paquete regresa volando a su balda, puntual como un gato a la hora de cenar. Eran veinte, y los manda siempre la misma persona, R., de quien ya tenía seis pistas en el cuaderno azul. Julita y yo hemos entregado dos, un huevo de dragón y unas semillas con patas que corrían, y en la pared pone, con letra suya y en verde, QUEDAN 18.

Julita es la de las notas verdes. Yo soy Guni, el nuevo del barrio: casi todo lo mío sigue en cajas. Y Toño es el repartidor de

RAYO, el de la mochila amarilla, que cumple castigo con nosotros los sábados y que, desde la tormenta, tiene sitio propio en la tienda: una caja de reparto boca abajo, junto a los taburetes. Mara se la puso sin dar explicaciones. «De momento», dijo. Nadie se atrevió a preguntar hasta cuándo dura un de momento.

El n.º 3 estaba en la balda de arriba, junto a los dos huecos que habían dejado el huevo y las semillas, con la etiqueta de frente. Me acerqué a leerla, de pie y sin tocar.



Tres líneas a máquina: N.º 3. PARA TOÑITO. Y abajo del todo, REMITENTE: R. Entre el nombre y la última línea quedaba un campo entero de papel en blanco. Alrededor, doce sellos de DEVUELTO. Los conté.

Julita se bajó del taburete de un salto y se puso a mi lado. Leyó en voz alta:

—Para To...

Y cerró la boca.

Julita no se calla nunca a mitad de una palabra. Miré a Toño y entendí por qué.

La leí media vez. La otra media me la tragué. —J.

Hay gente que se pone roja de golpe. Toño no: Toño se pone rojo por partes. Empezó por las orejas. Siguió por las mejillas. Después se le llenó la cara entera, hasta la correa del casco, y quedaba todavía un último escalón, el peor, que es cuando la cara y el casco dejan de distinguirse. Desde lo del temblómetro del n.º 2 no sé mirar nada que cambie sin ponerle una escala, así que lo apunté.

ROJÓMETRO DE TOÑO



Julita alargó el brazo hacia el paquete para leer lo que le faltaba.

—Ese paquete puede esperar —dijo Toño, muy deprisa—. Lleva años esperando, ¿no? Pues un día más. O diez. RAYO no tiene prisa.

Era la primera vez que oía a RAYO decir eso.

—Esta noche no se abre nada —dijo Mara—. Y la estantería no se toca sin permiso.

La mano de Julita se quedó en el aire, a un dedo de la etiqueta. Nadie tocó nada. Y entonces sonó otra vez.

Tilín.

—¡Ha sido la puerta! —dijo Julita, con una voz que no le conocía: demasiado alta y demasiado pronto.

La puerta llevaba cerrada desde que se fue Vera.

Cuando no entiendo algo, hago una lista. Sospechosos del tilín:

1. La puerta. (Propuesta de Julita. Cerrada, sin corriente y sin nadie que la empujara.)
2. La bici de Toño, en la acera, con el timbre de RAYO. (Hace RIIING, no tilín. Pero es un timbre.)
3. La rana de goma. (Julita la declaró inocente al instante. Dice que la conoce.)
4. El n.º 3.

Puse el n.º 3 el último, por educación.

Salí a la acera a comprobarlo. Me llevé la rana de camino, porque un sospechoso no se interroga a distancia.

Ya no llovía. La calle olía a asfalto mojado y cada charco tenía una farola dentro. Abrí y cerré la puerta: ñiiic. Toqué el timbre de la bici de Toño: ¡RIIING! Apreté la rana: cuic.

Al otro lado del cristal, Julita me decía que no con el dedo. A cada ruido, lo mismo, de un lado a otro, como el limpiaparabrisas de un coche. Ninguno era.

Volví a entrar y dejé la rana en el mostrador. Toño, que me vio mirarlo, se revolvió en su caja.

Tilín.

Me agaché. La caja de Toño estaba apoyada contra la pata de la estantería.

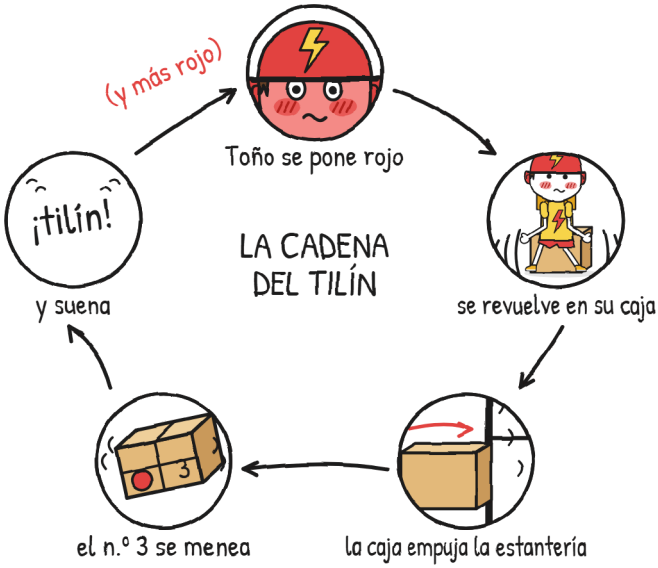
Lo dibujé allí mismo, de rodillas, y me salió un círculo, porque por más vueltas que le daba no encontraba dónde empezaba.

No era magia. Era Toño. Dentro del n.º 3 hay algo que suena cuando lo mueven.

Como yo. —J.

Toño siguió mi mirada hasta la pata de la estantería, miró su caja y decidió quedarse quieto.

Le duró lo que dura una goma estirada.



Quieto. Después, más quieto: tan quieto que se le oía pensar «quieto», con una gota bajándole por la sien. Julita llevaba un minuto largo sin hablar, que para ella es como aguantar la respiración debajo del agua, y tarde o temprano se sale a flote con lo que se tiene más cerca de la boca.

—¿Quién es Toñito?

Toño dio un bote. La caja empujó la pata, la estantería tembló y el n.º 3 dijo ¡TILÍN! con una fuerza que ningún tilín merece. Mara miró al techo, como quien cuenta hasta tres.

—Solo era una pregunta —dijo Julita—. Las preguntas no empujan estanterías.

Esta sí.

—Era yo —dijo Toño, mirándose las zapatillas—. De pequeño.

Lo dijo tan bajito que la rana, que estaba en el mostrador más cerca de él que yo, lo oyó mejor.

Julita abrió la boca. Le vi las preguntas haciendo cola, como en la panadería un domingo por la mañana, la primera ya con el dinero en la mano. Luego miró a Toño, que seguía mirándose las zapatillas, y la cerró.

—No pregunto más —dijo.

Le costó. Se le notó en el pie: tac, tac, tac contra el suelo de la tienda.

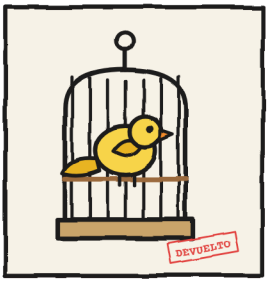
Preguntas que no hice: nueve. Las tengo apuntadas. —J.

—¿Y por qué no se lo has llevado nunca? —le dije a Mara.

—Doce veces lo he llevado. —No hizo falta que nadie contara los sellos—. Mira la etiqueta: ni calle, ni número de portal, ni apellido. Probé con todos los Toñitos que encontré.

Los fue contando de memoria, con los dedos, y yo los dibujé según los iba oyendo. Un canario, que se llamaba Toñito de verdad y que pisó la etiqueta: no valió. Don Antonio, de 71 años, que se puso las gafas, leyó el papel dos veces y dijo «Ya me gustaría», mirándolo como se mira un escaparate. Una barca del canal con el nombre pintado en el costado, que tampoco firmó, porque no tiene manos.

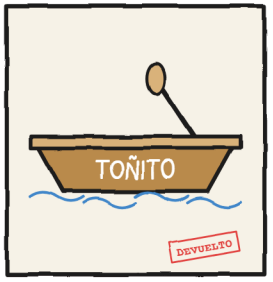
LOS TOÑITOS DE MARA



1. Un canario.
(Pisó la etiqueta. No vale.)



2. Don Antonio, 71 años.
(«Ya me gustaría».)



3. Una barca del canal.
(No tiene manos.)

—¿Y Toño? —preguntó Julita.

—La última vez que lo intenté aún no lo conocía —dijo Mara, y lo miró—. Y nadie me dijo cómo lo llamaban de pequeño.

Mara sacó de debajo del mostrador un paño morado y tapó el n.º 3 como quien tapa la jaula de un loro para que se duerma. Después le pidió a Toño que se levantara un momento y apartó su caja dos palmos de la estantería.

—Así. Ahora puedes moverte lo que quieras.

Toño podía haberse ido. Tenía la bici en la puerta: en diez minutos habría estado en la otra punta del barrio. Se volvió a sentar.

No sé por qué. Lo apunto igual.

Y como su caja no tiene respaldo, le dibujé uno: alto, un poco curvo, con un cojín pequeño, a lápiz y con línea de puntos, y debajo, en letra chica: «respaldo (idea mía)».

Nadie te ha pedido un respaldo. —J.



Al cerrar, Toño se quedó el último, abrochándose el casco con una lentitud que en RAYO sería falta grave. Mara apagaba las luces de una en una; el paño morado seguía sobre el paquete, en la balda de arriba.

—Mara. Mañana vengo a hablar de eso. Pero en privado.

—Estos dos son de la tienda —dijo Mara, sin volverse.

Toño nos miró. A Julita primero; luego a mí. Me enderecé en el taburete.

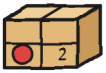
—Estos, vale —dijo—. Pero nadie de RAYO.

Salió y se alejó entre los charcos, con la bici de la mano.

El tilín ya tenía dueño. Faltaba saber si el dueño lo quería.

Yo ya sé cómo ayudarle. —J.

Eso es lo que me preocupa.



CAPÍTULO 2

No he dicho que sí

Los domingos la tienda no abre. Aquel domingo, Mara dejó la persiana a medio subir, a la altura justa para pasar agachado, y colgó de ella un cartel escrito a mano:

CERRADO (menos para ti).

Toño llegó a las once. Antes de entrar miró a un lado de la calle y al otro, como cuando vas a cruzar. No venía nadie de RAYO. Se agachó bajo la persiana con la mochila pegada al pecho, para que no rozase, y la tienda se lo tragó sin hacer ruido.

Nosotros llegamos a las diez y media. Por si acaso. —J.

Yo había leído el cartel dos veces. En ninguna parte ponía «y Julita», ni «y Guni». Pero Mara nos abrió sin decir nada, con la ceja izquierda arriba, y nos dejó pasar.

Nos sentamos en los taburetes con la cara de quien no está esperando nada. Esa cara me sale peor que a nadie.

Mara puso el n.º 3 en el mostrador y le quitó el paño.

—Paquete número tres. Para Toñito. ¿Eres tú?

—Era.

—Me vale. ¿Lo quieres?

Toño miró la caja. La caja no dijo nada.

—No he dicho que sí.

—Tampoco has dicho que no.

—He dicho que no he dicho que sí.

Yo había dicho que sí muchas veces con tal de que me dejasen quedarme. Toño seguía allí sin decirlo. Me sujeté al borde del taburete.

—Tres frases —susurró Julita—. Y ninguna es un sí. Las he contado.

Mara no insistió.

Toño agarró la caja como se agarra un cazo que quema: con las dos manos y con ganas de soltarlo. La pesó. La giró. Se la acercó a la oreja y la movió un poquito.

Tilín.

La soltó deprisa y se quedó mirándose las manos.

—¿Y si se la lleva a casa? —dijo Julita—. Si el paquete duerme en casa de quien lo recibe, ya está entregado. Es de lógica.

—El sello de regreso no va por lógica —dijo Mara—. Va por tinta.

—El sello y yo no pensamos igual —murmuró Julita, que es lo más parecido a una rendición que le he oído.

Para que quedara claro, hice una tabla. Se titula ¿CUENTA COMO ENTREGA?

- Mirarla: no.
- Agarrarla: no.
- Llevársela a casa: no.
- Firmar la etiqueta con tinta que no se borra: sí.

—Este reparto es vuestro —nos dijo Mara a Julita y a mí—, como el del trueno. Con tres condiciones.

Las contó con los dedos.

1. Vosotros no abrís la caja. Y la etiqueta, pegada.
2. El n.º 3 sale de la tienda solo cuando Toño lo pida.
3. Firma quien lo recibe, si quiere. Si no firma, al amanecer vuelve el paquete, y aquí no ha pasado nada.

Julita levantó la mano, como en clase.

—¿Y si no quiere nunca?

—Pues nunca.

«Nunca» no es un plazo de entrega. —J.

Toño estuvo callado un rato largo. Julita lo cronometró: cuatro minutos. Para RAYO, casi media entrega. En esos cuatro minutos miró el paquete, miró la puerta y miró sus manos. Lo que no miró fue a nosotros, y lo agradecí.

—Me la llevo —dijo al fin—. Cerrada. Para pensar. De momento.

—¿Lo pides tú? —preguntó Mara.

—Lo pido yo.

Hice una ficha de salida, para que nadie pudiera decir otra cosa:

- Caja: cerrada. Sí.
- Etiqueta: pegada. Sí.
- Lo pide: Toño. Sí.
- Firma: todavía no.

Fuera hacía ese sol de domingo después de tormenta que lo deja todo recién fregado. Toño metió el n.º 3 en la cesta de su bici y, al soltarlo, sonó: tilín.

Se quedó mirando el manillar, donde lleva el timbre de RAYO, gris y redondo.

—¿Qué? —preguntó Julita.

—Nada.

Y se fue andando, con la bici de la mano. Toño casi nunca va andando.

Ese «nada» era un «algo». Hay que ayudarle. —J.

Desde la puerta vi dos bicis de RAYO paradas en la esquina, con sus mochilas amarillas: una chica con una trenza hasta la cintura y, a su lado, uno muy grande.

—¡Toño! ¿Qué llevas en la cesta? —gritó la de la trenza.

—Un reparto.

—¿Para quién?

—Para un cliente.

No mintió. Pero antes de contestar, giró la caja en la cesta, despacio, para que la etiqueta mirase hacia él.



Entendí lo de «nadie de RAYO».

Esa noche dejé la persiana de mi cuarto subida. Vivo enfrente de la tienda: si el n.º 3 volvía, iba a verlo yo. Puse dos sillas delante de la ventana, una para mí y otra, diminuta, para el despertador. La ventanita de encima de la puerta de la tienda, la que Mara

deja abierta para eso (el primer día la tomé por un buzón), era un rectángulo negro y quieto.

—¿Guni? —dijo mi madre desde el pasillo—. ¿Qué haces despierto?

—Vigilo un paquete.

—Ah. Bueno. Pero vigílalo con el pijama puesto.

Los primeros veinte minutos miré la ventanita; los siguientes, el despertador; el resto de la noche, el cuaderno, porque cuando espero necesito algo que hacer con las manos. Así que, sobre el alféizar y a la luz de la farola, mejoré el asiento de Toño. La versión 1 era el respaldo del sábado; la versión 2 lleva reposabrazos y un hueco redondo para el vaso. Dibujé también el vaso, con su servilleta.

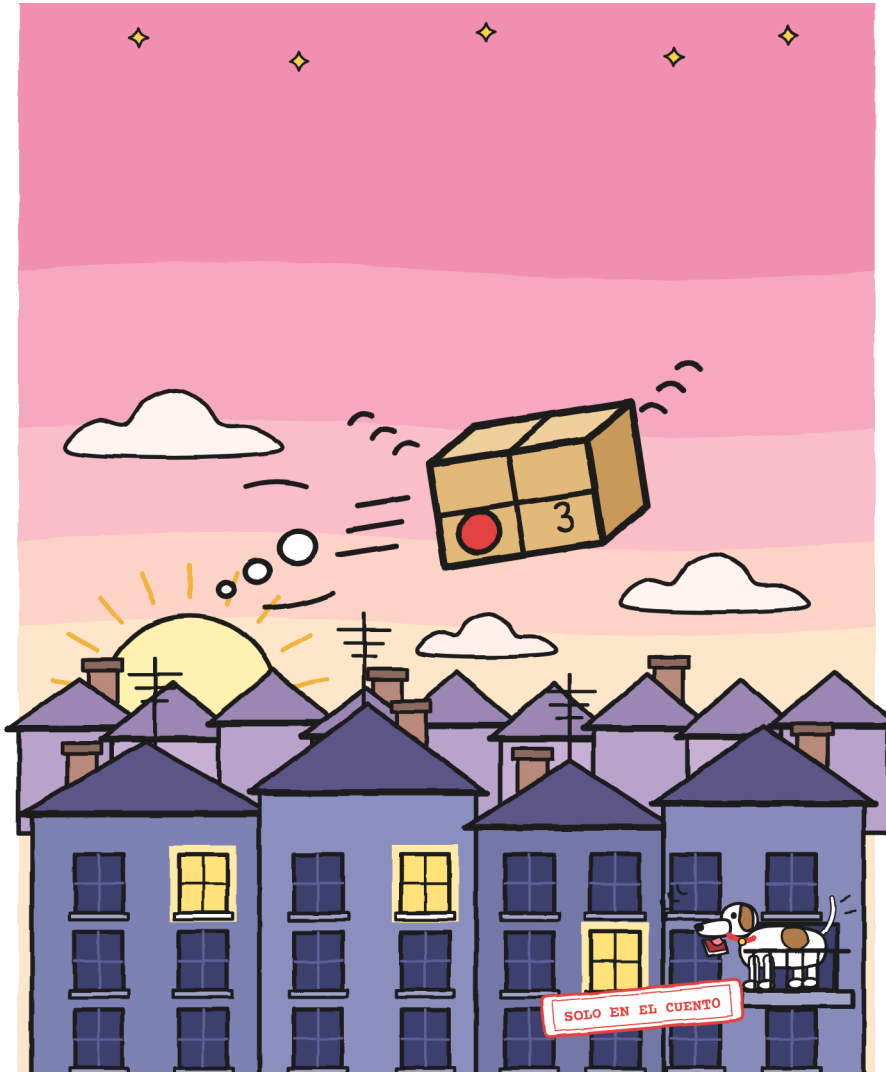
Julita quiso vigilar también, pero su ventana da a un patio, y desde un patio lo único que se vigila es la ropa tendida.

Al amanecer se oyó antes de verse.

Tilín, tilín, tilín.

Venía por encima de los tejados, sin prisa, sonando como el carrito de los helados cuando todavía no ha elegido esquina. Se encendió una ventana, luego otra, luego otra: tres, como si alguien fuera pasando lista. Ladró un perro, el del 4, que ladra a todo lo que vuela, sea paquete o paloma. Y entonces lo vi: un bulto cuadrado y pequeño con el cielo rosa detrás, que cruzó mi calle a la altura de mi ventana, se coló por la ventanita de

encima de la puerta y, ya dentro, lo oí posarse en su balda con un último tilín, más corto, como cuando alguien deja las llaves en la mesa.



—¿Era eso? —preguntó mi madre desde el pasillo, con la voz de quien no ha llegado a dormirse del todo.

—Era eso.

—Pues ahora, a desayunar.

Me quedé un momento más junto a la ventana. Cuando mi madre volvió a llamarme, fui a desayunar.



Después del colegio fuimos a la tienda. El n.º 3 estaba en su balda y tenía un sello más, rojo y con la tinta todavía fresca, que no había estampado nadie: trece.

Dije que me daba pena verlo otra vez en la balda.

—No es un castigo —dijo Mara—. Es la regla. No ha firmado nadie: vuelve.

Trece sellos. A este paso no se va a ver la caja. —J.

Toño vino a las cinco y veinte, después de su reparto. No preguntó si había vuelto: lo había oído pasar por encima de su casa. Se sentó en su caja, que seguía a dos palmos de la estantería, y miró el paquete sin mirarlo, de esa manera en que se mira a alguien que sabes que te está mirando.

Esto no lo vi. Me lo contó él:

—La dejé en el felpudo. Toda la noche.

LO QUE ME CONTÓ TOÑO



—¿Y por qué no la metiste en casa? —preguntó Julita.

—En casa ya hay bastante gente que me llama así.

Lo dijo sin enfadarse, con la voz plana con que da las direcciones. Julita no preguntó cuánta gente era «bastante». El pie le hizo tac, una sola vez.



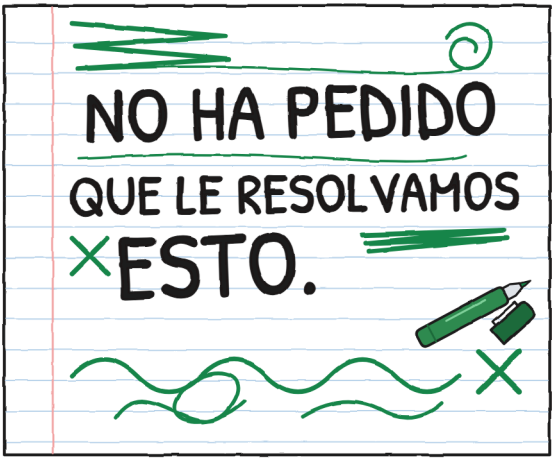
—Con una firma se arreglaba todo —dijo Julita cuando Toño se fue—. Una. Se tarda dos segundos. Lo he cronometrado con la mía.

Era verdad. Lo hizo tres veces en una hoja suelta, con su J de siempre: dos segundos, dos segundos y, la vez que le salió torcida, dos segundos y medio.

Abrí el cuaderno y escribí con boli, apretando, para que el verde no pudiera taparlo:

NO HA PEDIDO QUE LE RESOLVAMOS ESTO.

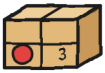
Apreté tanto que la frase se leyó también en la hoja siguiente, en relieve. Julita sacó el rotulador verde. Probó con rayas, con espirales, con una equis, con una nube de ondas. El verde no se borra, pero esa frase no logró taparla: seguía debajo, entera, con sus mayúsculas, hundida en el papel.



Lo he leído. No estoy de acuerdo. De momento. –J.

La miré.

Tengo otra idea. No me mires así. –J.



CAPÍTULO 3

Autógrafos

El martes, al salir del colegio, había una mesa en la acera, delante de la tienda. Las mesas no salen solas a la calle, y esta, además, venía vestida: un mantel amarillo hasta el suelo, un cartel con la letra de Julita y, en medio, un bulto tapado, cuadrado y muy quieto, de los que parecen esperar a que alguien les haga una pregunta.

El cartel decía, en verde, FIRMAS DE REPARTIDORES. Debajo, HOY. Y debajo de eso, más pequeño: Los más rápidos del barrio.

Detrás de la mesa estaba Julita, de pie, con las manos a la espalda y la cara seria de quien vende entradas. Detrás del escaparate, Mara hablaba por teléfono. Más bien escuchaba: asentía mirando al techo, que es donde mira cuando una llamada se alarga.

Señalé el bulto con la barbilla.

—Es un atril —dijo Julita, antes de que yo preguntara nada—. Para firmar más cómodo. Hago una colección de autógrafos.

Un atril, que yo sepa, sirve para apoyar la partitura cuando se toca el violín. Para firmar, no. Pero lo dijo con tanta seguridad que durante diez segundos dudé de lo que sé de los violines.

—¿Desde cuándo coleccionas autógrafos?

—Desde ayer.

Ayer había dicho que tenía otra idea. La idea tenía mantel.

Encima del atril había una hoja con renglones y, abajo del todo, un recuadro. O eso parecía: era una ventanita recortada con tijeras. Me agaché. El mantel tenía otra igual, justo debajo.

Levanté una esquina. El atril era el n.º 3, tumbado, con la etiqueta hacia arriba: PARA TOÑITO, trece sellos de DEVUELTO y, justo bajo el agujero del mantel, un trozo de papel en blanco, del tamaño exacto de una firma.

Lo entendí del todo cuando lo dibujé, que es como entiendo yo las cosas.

—Con mi rotulador —susurró Julita, encantada—. Tinta que no se borra. Mañana ya no vuelve, y él ni se entera hasta que se lo enseñemos. ¡Sorpresa!

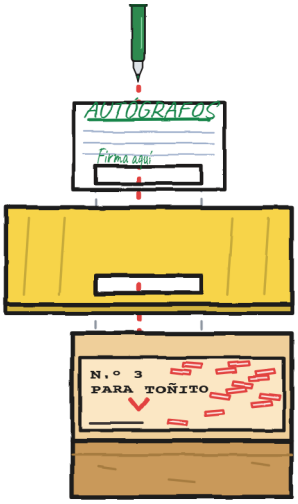
Tenía la cara de quien va a dar un regalo y lo ha elegido muy bien. Hasta llevaba las yemas de los dedos verdes de tanto rotulador.

Me acordé de las condiciones de Mara. La segunda me la sabía de memoria.

CÓMO FUNCIONA

1. La hoja, con su ventanita.

2. El mantel, con su agujero.



3. La etiqueta del n.º 3, por la parte que está en blanco.

4. Quien firma en la ventanita... firma la etiqueta.

—Toño no ha pedido que salga de la tienda —dije—. Condición dos.

—Lo va a agradecer.

—¿Y Mara?

—Estaba al teléfono. Le he dicho que es una mesa de autógrafos. Y lo es.

—¿Y el atril?

—Eso no me lo ha preguntado.

Le recordé lo de Flora y la octava semilla: Julita no dejó firmar a Flora antes de tiempo.

—No es lo mismo. Aquello era una entrega a medias. Esto es un atajo.

—Pues hazlo tú —dije—. Yo no.

Me senté en el escalón de la tienda, de espaldas a la mesa y con los brazos cruzados.

Se sentó en el escalón. Muy digno. No ayudó nada. —J.



RAYO pasa por nuestra calle a las cinco y diez. Los oímos antes de verlos, que es lo que pasa con los timbres. Eran tres, en fila: Zoe delante, que es donde siempre va; Bruno, enorme, pedaleando como quien transporta un armario; y Toño el último, un poco separado, como si hubiera tres bicis en la fila y la suya no fuera de la misma.

Después los dibujé tal como llegaron, uno por uno.

Zoe, «Cohete», es la de la trenza hasta la cintura, la que el domingo preguntó qué llevaba Toño en la cesta. Es la más rápida y la que pone los motes. Bruno lleva un parche en la rueda y una bomba de aire en el cuadro de la bici, por si acaso.

Zoe vio el cartel y frenó.

—¿Autógrafos? ¿Nuestros? —dijo, y se bajó de la bici.

Nadie les había pedido nunca un autógrafo. Por eso funciona. —J.



Zoe firmó la primera, con una estrella en la o. Bruno escribió «Bruno», despacio, con la lengua entre los dientes y cada letra bien redonda. Zoe le quitó el boli, se lo tachó de una raya y puso al lado «Pinchazo».

—En RAYO los motes no se quitan —me explicó Bruno, sin enfadarse—. Pinché una vez.

Pinchó hace dos años. Es mucho pinchazo para una sola rueda.

Toño no se había bajado de la bici. Miraba la mesa igual que miró el n.º 3 el domingo: de lejos, con las dos manos en el manillar.

—Te toca, Toño —dijo Julita—. Aquí abajo, en el recuadro. Es el sitio de honor.

Y le dio su rotulador verde.

A Toño nadie le había pedido nunca un autógrafo. Se bajó de la bici y se puso recto.

Yo había vuelto la cabeza. Lo veía todo desde el escalón, con la boca llena de «no es asunto mío».

Me levanté. Ni siquiera lo decidí: lo hizo mi cuerpo, igual que el hipo, sin consultarme.

—Toño, espe...

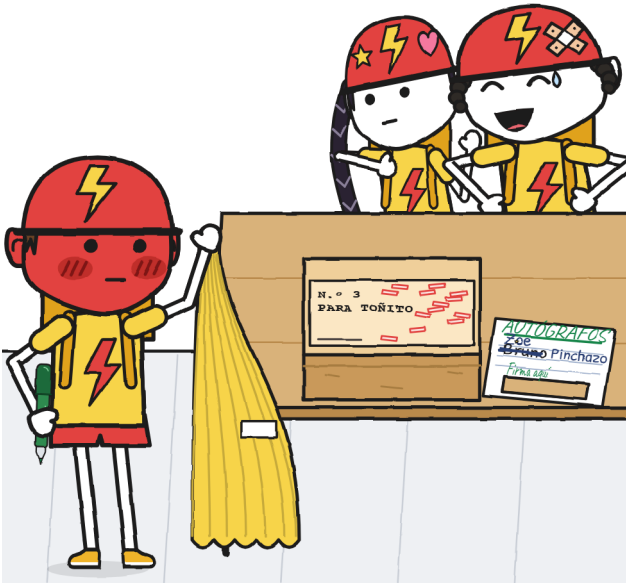
Llegué tarde. Toño acercó el atril de un tirón para firmar y, debajo del mantel, algo habló antes que yo.

¡TILÍN!

Durante un segundo se quedó todo quieto: la hoja, la mano de Toño con el rotulador a un dedo de la ventanita, las cuatro caras sobre el bulto. Yo todavía no había llegado a la mesa.

Toño levantó el mantel con dos dedos, por una esquina.


AUTÓGRAFOS
Zoe
~~Bruno~~ Pinchazo
Firma aquí
¡TILÍN!



—«Para To-ñi-to» —leyó Zoe, despacio, como quien lee un premio.

—¿Toñito? —dijo Bruno, y se rio.

Zoe no se rio. Zoe estaba pensando.

Julita bajó la vista hacia la ventanita.

Toño no gritó. Le puso el capuchón al rotulador, despacio, hasta oír el clic, y lo dejó encima de la hoja. Sin firmar.

—RAYO no firma trampas.

Luego agarró el manillar y se fue andando, con ese ruido de reloj que hace una bici cuando nadie pedalea. Nadie fue detrás. Yo tampoco.

Iba de color casco, hasta la nuca. Pero no era el rojo de la vergüenza. Era otro.

El rojómetro no tiene número para ese. —J.

Mara salió con el paño morado. Se detuvo en la puerta, miró por encima del hombro el hueco de la balda, miró la mesa y miró a Julita. No preguntó quién había sido.

Tapó el n.º 3 y lo levantó en brazos.

—Este paquete no está entregado —les dijo a Zoe y a Bruno—. Y lo que ponga la etiqueta es cosa de Toño.

Bruno había dejado de sonreír. Zoe miró una vez hacia atrás, al bulto ya morado. Se subieron a las bicis y se fueron sin tocar el timbre. Que yo recuerde, fue la primera vez.



Ayudé a Julita a recoger: el mantel, el cartel, la hoja con dos firmas y un agujero. El rotulador lo guardó ella, sin destaparlo. No le dije «te lo dije». Tampoco le dije «no pasa nada», porque pasaba.

Doblamos el mantel entre los dos, cada uno por una punta. Acercamos las esquinas despacio. El agujero quedó en medio.

—Tú no hiciste nada —dijo ella.

Lo dijo para dejarme fuera. Era un regalo, y durante un doblez entero estuve a punto de quedármelo: yo no había recortado nada, ni había bajado nada de ninguna balda. Alisé una arruga

que no existía. Cuadré mi punta con la suya. Conté las baldosas de la acera desde el escalón hasta donde había estado la mesa.

No llegaban a doce. Las había tenido delante toda la tarde.

—Avisé tarde —dije, mirando el mantel—. Podía haberlo dicho antes. O haber llamado a Mara.

Julita no contestó. Me quitó el mantel, lo dobló una vez más de lo necesario y me lo devolvió.

Luego entró y se lo contó a Mara, ella sola, sin saltarse nada. Yo me quedé en la puerta, con el mantel entre los brazos. Desde allí se oía todo: la ventanita, el mantel, la balda, el teléfono. Mara la escuchó hasta el final.

—A Toño —dijo Mara cuando acabó— se lo cuentas tú.



El miércoles Toño pasó a las cinco y diez y no frenó. Pasó rápido, mirando al frente, con esa velocidad que es otra manera de no estar. A las cinco y veinte volvió a pasar: lo oí venir, lo oí no frenar, lo oí irse. Para alguien que reparte en diez minutos o gratis, pasar tres veces por la misma calle sin parar en ella es una forma muy rara de no entrar en una tienda. Se parecía bastante a llamar a una puerta.

Yo estaba en el mismo escalón.

A la tercera, Julita estaba en mitad de la acera con un papel. Había dejado pasar a Toño dos veces.

Sostuvo el papel con las dos manos, a la altura de la cara, como los carteles de los aeropuertos, y Toño lo leyó desde la bici, con un pie en el suelo, sin tocarlo. Tres frases y una palabra: «Saqué tu paquete», «Quise engañarte», «Enseñé tu etiqueta a los demás». Y debajo, sola y más grande, «Perdón». Lo sé tal cual porque luego lo copió en mi cuaderno. No llevaba ni un «pero», ni un «sin querer», ni un «para ayudar». Lo comprobé dos veces, buscando.

Firmaba «—Julita». Julita firma todo con una J. Esta vez le había puesto todas las letras.

—Vale. Lo he leído —dijo Toño.

—¿Me perdonas?

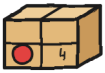
Eso no estaba en el papel. Julita apretó los dedos contra el borde de la hoja.

—He dicho que lo he leído.

Toño apoyó el pie en el pedal y se fue. A pedales, esta vez, sin prisa y sin frenar. Julita se quedó mirando la calle, y luego se guardó el papel en el bolsillo del peto, sin doblarlo.

Esa tarde, en la tienda, la caja de Toño se quedó vacía.

Firmé con el nombre entero. Era lo mínimo. —J.



CAPÍTULO 4

Una bicicleta pequeña

El jueves Toño entró en la tienda sin mirar a los lados de la calle.

El domingo, antes de entrar, había mirado a un lado y a otro, como cuando vas a cruzar y no te fías de los coches. Esta vez entró de frente, con el casco puesto. Ya no quedaba nadie de RAYO de quien esconderse: los dos que tenían que enterarse se habían enterado el martes, con mantel y todo.

No lo esperábamos. Desde el martes, Julita y yo hablábamos poco y con cuidado, como dos personas que llevan entre las dos una bandeja de vasos. Julita había dejado de hacer planes en voz alta, y era lo que más se notaba: como cuando se para la nevera y solo entonces te das cuenta de que estaba sonando.

Traía una bici debajo del brazo.

Su bici de verdad se había quedado fuera, apoyada en la pared. Esta era roja, y tan pequeña que la llevaba como se lleva una barra de pan, y tenía pelusa de trastero en el manillar.

No era la suya. O sí: era la suya de antes.

Pasó junto a su caja sin sentarse. Seguía donde Mara la había dejado el sábado: boca abajo, junto a los taburetes, vacía. Julita empezó a levantarse de su taburete y volvió a sentarse. Lo hizo dos veces.

—Desde el domingo tengo un tilín en la cabeza —dijo Toño, hablándole a Mara y a nadie más—. Creo que sé de qué es. Quiero ver si me acuerdo bien. Quiero abrirlo. Pero aquí no. Donde no haya escaparate.

Mara no preguntó por qué. Bajó el n.º 3 de su balda y nos llevó a la trastienda.

La trastienda tiene una bombilla sin pantalla, estantes de cordel y papel de embalar, sacos de reparto apilados contra la pared y una mesa pequeña, donde Mara dejó la caja.

—Abrir para mirar no es firmar —dijo, y lo dijo mirando a Toño, como se da un paraguas: no porque llueva, sino por si acaso—. Sin firma, al amanecer vuelve.

Toño asintió.

Julita se había quedado en la puerta, con un pie a cada lado del marco.

—¿Puedo quedarme? —preguntó. Lo preguntó.

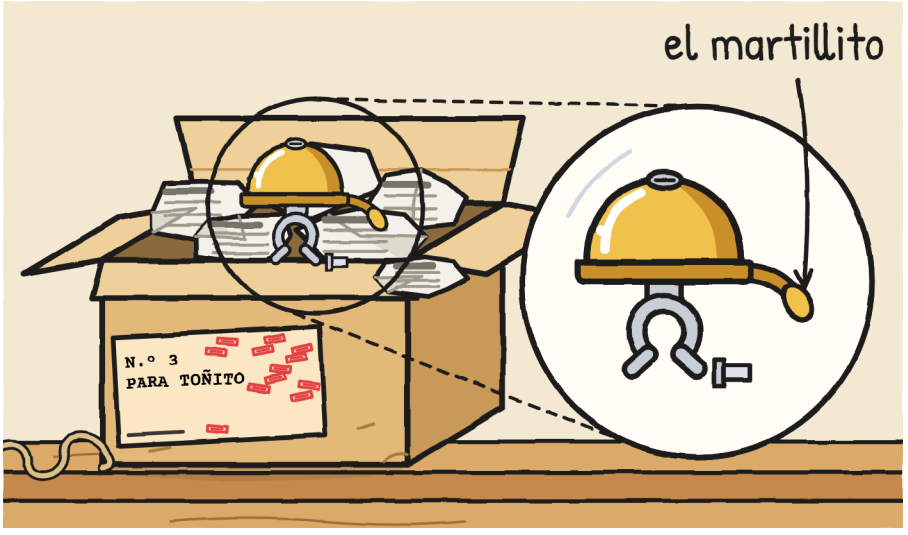
Toño tardó. No sé cuánto: cronometrar es cosa de Julita, y Julita estaba ocupada.

—Si no tocas nada.

—Ni la caja ni el tema.

Se sentó en un saco, en el rincón.

Toño se quitó el casco y lo colgó de un clavo. Sin casco se le veía el pelo castaño aplastado y unas orejas que ya no eran tan rojas como el martes. Luego desató el cordel, que era de los de embalar y se había vuelto del color del papel. Dentro había periódico, tan viejo que se rompía solo. Toño fue abriéndolo con la punta de los dedos. Y entre el papel...



Una campanilla de bici. Pequeña, dorada, con un martillito sujeto a un muelle: basta un meneo para que suene.

El n.º 1 mordía. El n.º 2 corría. El n.º 3 solo suena.

Ni dragón ni patas. Una campanilla. Me gusta. —J.

Debajo del papel había una nota doblada en cuatro. Toño la desdobló sobre la mesa. La letra era apretada, torcida, escrita como en un autobús en marcha. Tenía un borrón en una esquina:

«Toñito: te dije que volvería a sonar. Ya suena. Perdona el retraso. —R.»

Y, más abajo:

«P. D.: A lo mejor has crecido. La campanilla, no.»

Toño la leyó dos veces.

—Qué mala letra —dijo.

Y nada más, durante un buen rato.

R. cumple tarde. Lo dijo Flora. No dijo CUÁNTO. —J.

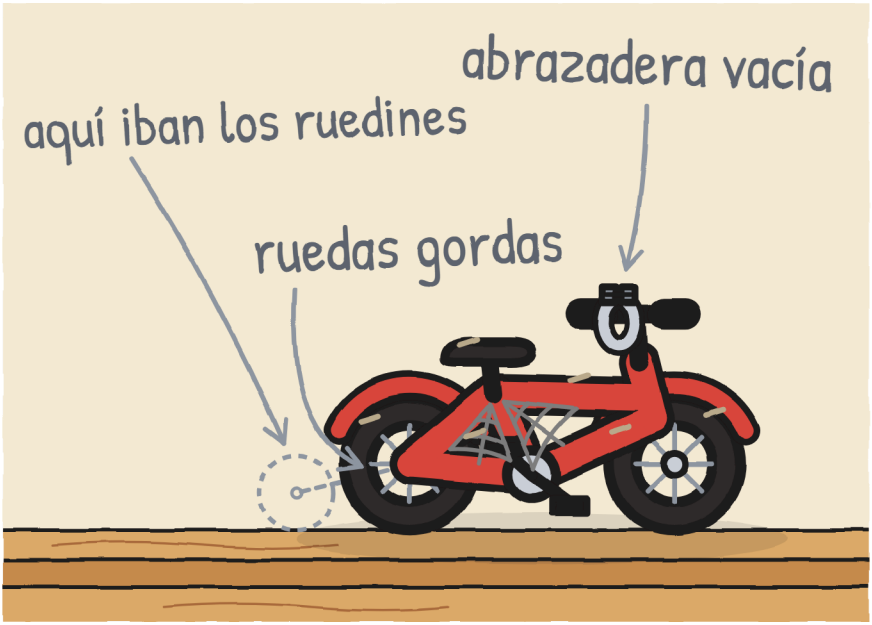
Entonces Toño apartó la caja y puso la bici pequeña encima de la mesa.

Dibujé la bici, con flechas.

Ruedas gordas; marcas en la de atrás, donde estuvieron los ruedines; y en el manillar, la abrazadera vacía, con su tornillo.

—Era mía —dijo Toño—. Llevaba esta campanilla. Un día dejó de sonar: hacía clac. Alguien me dijo: «Dámela, Toñito, que te la arreglo y te la devuelvo».

—¿Quién? —se le escapó a Julita, y se tapó la boca con las dos manos.



—De la cara no me acuerdo. Me acuerdo de la campanilla. Y de que esperé mucho.

Julita seguía con las dos manos en la boca.

—En casa me siguen llamando Toñito —dijo Toño—. En RAYO, no. En RAYO soy Toño: lo escribí yo en la ficha el primer día.

Me lo imaginé con el boli de RAYO, escribiendo TOÑO en la casilla del nombre, sin que nadie le dijera nada: el único nombre del barrio que no le había puesto otro.

—¿Y qué tiene de malo Toñito? —pregunté. Pregunté de verdad, sin intención de nada. Con las preguntas me pasa como con el hipo: salen.

—Nada. Hasta que lo dice Zoe. En RAYO los motes no se quitan. Mira a Bruno.

—Bruno me ha llamado Toñito seis veces desde el martes —añadió—. Las he contado.

Julita se hizo pequeña en su rincón.

Nadie sabía cómo seguir. Entonces Julita preguntó:

—¿Todavía cabes?

No lo pudo evitar.

Mara bajó la bici de la mesa al suelo, con el cuidado con que se baja a alguien de un taburete alto. Toño miró la bici. Miró a Mara. Se sentó.

Cabía. Más o menos. Las rodillas le llegaban a las orejas y los codos le salían a los lados.

Mara hizo un ruido que en otra persona habría sido una risa. Y Toño también se rio. No lo había visto reír desde el sábado. El martes se había reído Bruno; esta vez se rio él. No suena igual.

Rojómetro: 0. Lo apunto porque también cuenta. —J.

A mí se me había ocurrido una cosa, y tuve que decidir si decirla era ayudar o empujar. Con Toño, sentado así, encogido sobre una bici que ya no era su talla, la diferencia me pareció del tamaño de un pelo. La dije como un dato, no como un consejo.

—En tu bici de ahora ya hay un timbre —dije—. El de RAYO. No tienes por qué ponerle esta. Puedes guardarla. O dejar que vuelva.

—Ya lo sé —dijo Toño.

Pero me miró como si nadie se lo hubiera dicho antes.

En su rincón, Julita levantó la cabeza al oírme. No dijo nada. Se le notó que lo guardaba.

Estuvo once minutos callada, escuchando, con el rotulador guardado y las manos metidas en los bolsillos del peto. Lo de los once minutos lo supe porque ella misma lo apuntó después en mi cuaderno.

Once minutos. Se me durmió la lengua. —J.

—Quiero probarla yo solo —dijo Toño.

Salimos los tres. Toño cerró la puerta de la trastienda.

Julita se fue al otro extremo de la tienda, para no escuchar. Yo, para no escuchar, dibujé: el asiento de Toño ya tiene dosel. Se oyó igual. Mara ordenó unos cordeles que ya estaban ordenados.

Tilín.

Era el mismo tilín del sábado. Luego, otro. Y luego ninguno, durante mucho rato. Ninguno de los tres miraba la puerta.

Cuando salió, traía la campanilla en una mano y la caja debajo del brazo. La bici pequeña se quedó en la trastienda, apoyada en los sacos, con su abrazadera vacía.

—Me la llevo hasta mañana. Sin firmar.

—Entonces al amanecer vuelve —dijo Mara.

—Que vuelva. Quiero saber cómo es tenerla una noche.

—¿Y si deja la campanilla fuera de la caja? —pregunté yo.

—No lo he probado nunca —dijo Mara—. Y no pienso probarlo a las siete de la mañana.

Toño lo guardó todo dentro: la campanilla y la nota.



El viernes, al amanecer, mi calle volvió a sonar: tilín, tilín, tilín, por encima de los tejados, sin prisa. Se encendieron las mismas tres ventanas. Ladró el mismo perro. Regreso n.º 14.

Lo de antes no lo vi. Me lo contó Toño esa tarde, desde su caja, mirando al suelo:

—Esta vez no durmió en el felpudo. Durmió en mi mesilla. Al amanecer empezó a darse contra el cristal, y le abrí la ventana.

—¿Y cómo es? —pregunté—. Tenerla una noche.

Toño tardó.

—Larga —dijo.

Esa tarde dibujé las dos bicis de Toño, una al lado de la otra. En la de ahora puse la campanilla, que queda muy bien. Debajo escribí «antes» y «ahora».



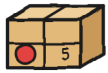
Le abrió la ventana a un paquete. Qué educado. —J.

Julita me pegó un papelito encima, justo en el manillar, tapando mi campanilla recién dibujada:

Todavía no la ha puesto. —J.

Intenté despegarlo con la uña, por una esquina.

Tenía razón. Me fastidia un poco.



CAPÍTULO 5

En privado

El viernes por la tarde el n.º 3 estaba en su balda, con catorce sellos.

Toño, en su caja, lo miraba desde lejos.

Julita llevaba dos días preparando algo. Lo sabía porque llevaba dos días sin contarme qué.

Me temí lo peor. La última vez que Julita preparó algo en secreto, el secreto llevaba mantel.

Esta vez, lo primero que comprobé fue que no había mantel. Ni mesa, ni atril, ni ventanita recortada con tijeras: una hoja de cuaderno, con renglones. Julita se la dejó a Toño en las rodillas sin decir palabra y retrocedió hasta la pared con las manos a la espalda, dos pasos más de los necesarios. Los conté.

Era una hoja con dos opciones.

Toño la leyó dos veces; la segunda, solo la B. Yo, que me había asomado por encima de su hombro con la discreción de un periscopio, la leí tres, buscando la trampa.



Toño levantó los ojos y miró a Mara.

—Si firmo, ¿quién se entera?

Lo dijo con las orejas en el uno.

—Yo. Y mi libro de registro, que no sale de este cajón.

Mara abrió el cajón del mostrador lo justo para que se viera: un libro gordo, cerrado con una goma. Cerró el cajón con la cadera.

—¿Y RAYO?

—Yo no se lo contaré a RAYO. Un registro no es un cartel.

Julita abrió la boca y volvió a cerrarla. Detrás de Mara, en la pared, el cartel verde seguía diciendo QUEDAN 18.

El cartel lleva números. Los nombres se quedan en el cajón. —J.

Toño se levantó de su caja. La caja hizo un ruido hueco, de caja que se queda sin nadie.

—La B.

Julita no saltó. La vi no saltar.

Apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—En la trastienda —siguió Toño—. Y quiero que estéis. Vosotros dos.

—¿Yo también? —preguntó Julita.

—Tú eres la que más ganas tiene de que firme. Prefiero tenerte delante.

A mí me tocó bajar el n.º 3 de su balda. Subí al taburete azul y lo bajé con las dos manos, sin respirar, como quien lleva un plato de sopa hasta el borde. Aun así sonó: un tilín chico, de los de cortesía, que quería decir «con permiso».



Volvimos a la trastienda. Toño se quitó el casco y lo dejó encima de un saco, con la correa colgando.

Puse el n.º 3 en la mesa. Toño levantó la tapa y sacó otra vez la campanilla y la nota. Las dejó bajo la bombilla: la campanilla, dorada, de lado, con el martillito quieto en su muelle; la nota,

desdoblada y alisada con el canto de la mano, con la mala letra de R., que a esa luz parecía un dibujo.

Las miró despacio, como quien cuenta el cambio.

—Antes de firmar, miro lo que firmo —dijo, sin mirar a nadie.

Julita se puso del color de su camiseta.

Julita le dio su rotulador verde, con el capuchón puesto. Se lo dio por la parte de atrás, con la punta hacia ella, que es como se pasan las tijeras. Luego se fue al rincón y se sentó en un saco, muy recta, con la barbilla alta y los codos raros.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Me siento encima de mis manos. Para no ayudar.

Era literal. Se las había metido debajo de los muslos, una a cada lado, y apretaba el saco con ellas. Movía los labios; creo que contaba elefantes.

Yo había ensayado en la cama cómo avisar a tiempo, por si hacía falta. Esa tarde no tuve que decir nada.

Cerré el cuaderno y me lo puse debajo del brazo.

Luego lo apuntó todo. —J.

Toño destapó el rotulador y firmó.

No dudó, pero tardó. La T, grande. La o. La eñe, con su tilde, que puso despacio. La o. Cuatro letras claras y rectas.



En una esquina apareció un sello que no había estampado nadie: ENTREGADO.

En la etiqueta ponía «Toñito». En la firma, «Toño».

—¿Vale así? —le preguntó a Mara—. No es el mismo nombre.

Mara leyó la etiqueta de arriba abajo, sin tocarla.

—Firma quien lo recibe —dijo—. Y lo has recibido tú.



Volvimos a la tienda. Toño llevaba la campanilla en una mano y se había puesto otra vez el casco. Yo seguía con el cuaderno cerrado. Mara apagó la bombilla y vino la última.

Abrió el cajón, sacó el libro de la goma y apuntó la entrega: una fecha, un número y cuatro letras.

Julita ya tenía el taburete azul en la mano —el de siempre, el que usa para llegar al cartel— y ya iba camino de la pared. Se paró en seco. Lo dejó otra vez en el suelo, patas abajo, sin hacer ruido.

—¿Puedo cambiar el cartel? —preguntó.

Se lo preguntó a Toño, no a Mara.

Toño miró el cartel. Tardó, como se tarda en comprobar una dirección.

—Solo pone un número.

—Solo.

—Vale.

Julita subió al taburete, tachó el 18 de un solo trazo y escribió al lado un 17 enorme, con el verde que no se borra.

He preguntado primero. Que conste. —J.

Toño salió a la acera, apoyó su bici en la pared y sacó un destornillador de la mochila.

—¿La vas a poner? —pregunté.

—Sí.

—¿Y el timbre de RAYO?

—Ese es de RAYO. Esta es mía. —Y añadió, sin levantar la vista—: ¿Me sujetas la bici?

La puso él. Yo solo sujeté la bici, y porque me lo pidió. La abrazadera se cerró alrededor del manillar, al lado del timbre gris de RAYO. Toño apretó el tornillo hasta donde le pareció que bastaba. Mara miraba desde la puerta, de brazos cruzados, que en ella es una forma de aplaudir.

Luego le dio al martillito con un dedo.

Tilín.

A las cinco y diez pasó RAYO. Venían en fila por la calle: Zoe delante, con la trenza al viento; Bruno detrás, con la bomba de aire en el cuadro; y al final un hueco del tamaño de Toño. Bruno frenó.

—¿Y eso que suena?

—Una campanilla.

—¿De dónde ha salido?

—Era mía.

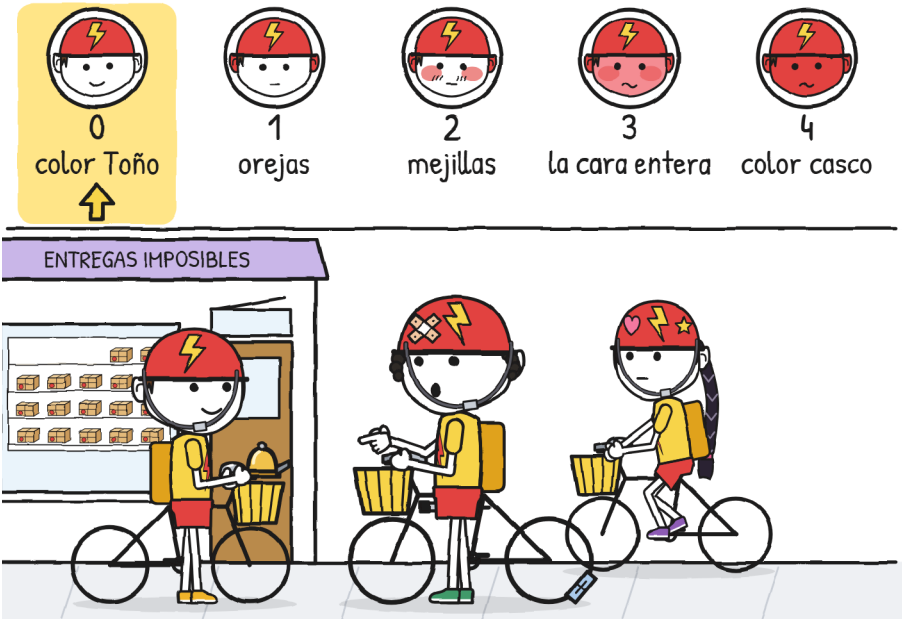
—¿De cuando eras Toñito?

Miré la cara de Toño. Nada. Ni las orejas.

—De cuando me llamaban así. Ahora me llamo Toño. ¿Y tú cómo te llamas?

—Pin... —Bruno se interrumpió—. Bruno.

—Pues eso, Bruno.



Bruno levantó la cabeza como quien oye su nombre por megafonía. En RAYO hacía dos años que nadie lo llamaba Bruno.

Zoe abrió la boca.

El martes le había tachado «Bruno» y puesto «Pinchazo».

Toño le dio al martillito. Una vez, sin mirar a nadie.

Tilín.

Zoe cerró la boca. Se lo pensó. Tardó lo que dura un semáforo en ámbar.

—Suena bien —dijo—. Vamos tarde, Toño.

Ha dicho «Toño». Sin añadir nada. —J.

Se fueron en fila, Zoe, Bruno y, el último, Toño, con el pulgar siempre cerca del martillito.



Esa noche volví a dejar la persiana subida.

Dejé también las dos sillas de vigilancia delante de la ventana, la mía y la diminuta del despertador, por tradición, y me metí en la cama con el despertador debajo del brazo. Esa noche vigilaba tumbado.

—¿Otra vez vigilando? —preguntó mi madre desde el pasillo.

—Hoy vigilo que no pase nada.

—Eso se me da muy bien a mí. Duérmete.

Aguanté hasta casi las doce.

Me dormí con el rotulador destapado. Tengo la almohada verde. —J.

Me desperté antes de que sonara el despertador, con todo el cuerpo preparado para un tilín.

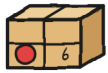
Amaneció.

No sonó nada.

Ni un tilín, ni una ventana, ni el perro del 4.

Es el silencio más bonito que he oído en mi calle.





CAPÍTULO 6

De momento

El sábado, a las diez, dibujé la estantería: diecisiete paquetes y tres huecos.

Había cruzado la calle vestido, que ya es un progreso: el primer sábado lo hice en pijama y con zapatillas de casa. Antes de entrar miré la ventanita de encima de la puerta, la que Mara deja abierta para los que vuelven. Seguía abierta. No había entrado nadie.

Los huecos me llevaron más tiempo que los paquetes. En cada uno quedaba un rectángulo limpio, con polvo alrededor. Los dibujé sin apretar el lápiz.

Mara, mientras tanto, sacó su libro del cajón y lo abrió sobre el mostrador, de espaldas a la puerta. Despegó la etiqueta del n.º 3 y la pegó en su libro, con las otras dos.

Toño, que cumple los sábados como reparte —puntual y sin quitarse nada—, miraba desde el otro lado del mostrador, con el casco puesto. Su nombre, el de la firma, iba de la caja al libro.

Miró el libro. Miró la puerta, cerrada. Volvió a mirar el libro un poco más.



Treinta y siete sellos, veintitrés y catorce. Tres firmas en verde.

Un huevo, unas semillas y una campanilla. Los tres llegaron tarde. Los tres llegaron.

El tercero lo firmó Toño. Esta vez yo solo le pasé el rotulador. —J.

Toño se sentó en su caja y se revolvió. Esta vez no miró la estantería.

—Sigue siendo «de momento» —dijo Mara, sin levantar la vista del libro.

—De momento me vale —dijo Toño.

«De momento» puede durar años. Pregúntale al n.º 3. —J.

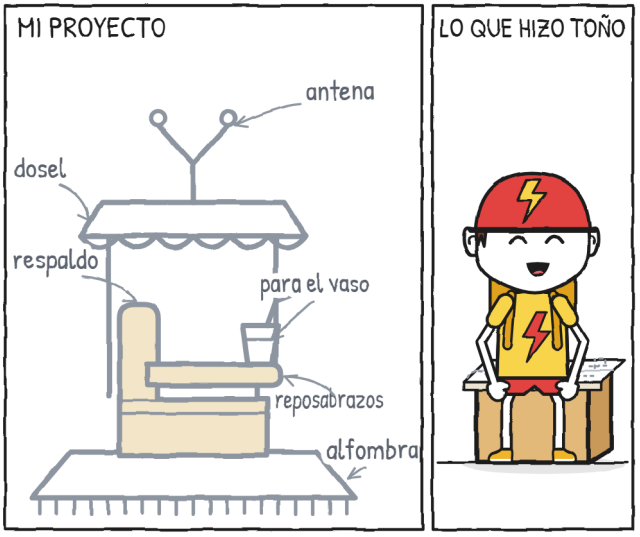
Le enseñé a Toño mi proyecto para su asiento. Me había llevado toda la semana.

Era la versión definitiva, con medidas y leyenda: la caja de reparto convertida en trono. Juntaba el respaldo de la noche de la tormenta; los reposabrazos y el sitio para el vaso de la versión 2; el dosel de la 3, con flecos, y una alfombra nueva, también con flecos. La antena me salió sola, a las doce de la noche; no sé qué pretendía recibir, y por eso la dejé.

Se lo tendí con las dos manos, como un diploma. Toño lo miró entero, con la misma seriedad con que había leído la nota de R. No se rio ni una vez. Lo valoré. Julita lo miró por encima de mi hombro con la cara de quien reconoce a un pariente en una fotografía.

—¿Me lo das? —dijo.

Lo dobló en cuatro, lo puso encima de la caja y se sentó.



Fuera, la campanilla se había torcido en el manillar. Lo vimos al salir a que nos diera el aire: había caído media vuelta hacia un lado, como una cabeza que se queda dormida en el autobús.

—Te la sujeto mientras aprietas —dije.

—Puedo yo.

Pudo él. Yo miraba aquel tornillo. Parecía tener cien vueltas.

Toño sacó la punta de la lengua. Julita, a mi lado, tenía las manos metidas en los bolsillos del peto hasta las muñecas; se le notaban los puños dentro. Yo no tengo peto: me agarré una mano con la otra, a la espalda.

Cuando Toño dio la última vuelta, la campanilla quedó mirando al frente, derecha como un soldado.

—Ya —dijo.

Me solté la mano a mí mismo, que es más difícil de lo que parece.

Al entrar, Julita sacó de debajo del mostrador la hoja de los autógrafos. Tenía dos firmas, un agujero y, desde esa mañana, un parche: la ventanita estaba tapada con un trozo de papel y tanta cinta que el parche era lo más fuerte de la hoja.

—Es la de la trampa —le dijo a Mara, antes de que preguntara—. La he arreglado.

Luego se la puso delante a Toño.

—¿Me firmas un autógrafo? De verdad. Sin nada debajo.

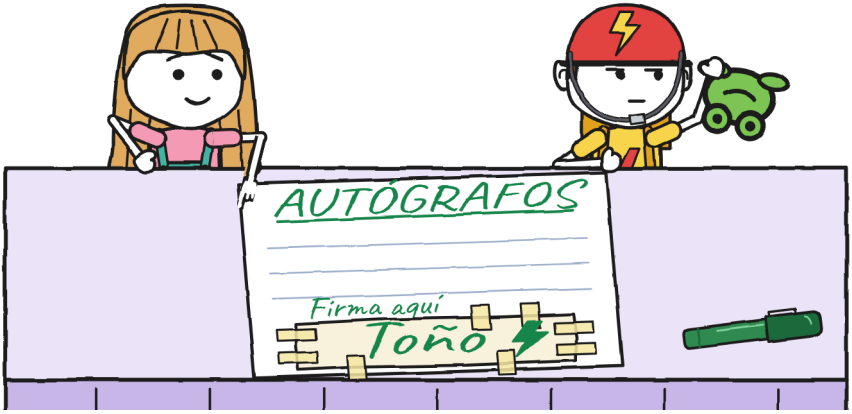
Lo dijo despacio, una sola vez, y esperó.

Toño miró debajo de la hoja. Miró debajo del mostrador. Le dio la vuelta a la rana.

A Julita se le movió un músculo de la cara cuando Toño levantó la rana. Fue la única objeción. La retiró ella sola.

—Vale.

Firmó encima del parche: «Toño», con un rayo colgando de la última letra.



Me lo merezco. —J.

A mediodía, Toño salió a un reparto. Lo vi irse desde la puerta, con la campanilla firme en su sitio. Un señor con boina cruzaba la calle despacio, con su bastón, por el paso de cebra de la esquina.

Toño frenó. Esperó con un pie en el suelo. Luego tocó la campanilla una sola vez, para que el señor supiera que estaba allí.

Tilín.

El señor levantó el bastón para saludar y siguió a su paso.

Mara se había asomado a la puerta, a mi lado, con los brazos cruzados.

—Es don Antonio —dijo—. El Toñito número dos de mi lista.

Era el de «ya me gustaría». Llegó hasta nuestra acera y se detuvo junto a la bici de Toño, que no se había ido: seguía allí, con un pie en el suelo y la mano cerca del martillito, sin prisa.

—¿Esa campanilla es nueva? —preguntó el señor.

—Es vieja —dijo Toño—. Era mía. De cuando me llamaban Toñito.

—A mí hace sesenta años que nadie me llama así. Si quieres, te lo cambio: tú, don Antonio; yo, Toñito.

Toño se lo pensó. Miró la boina y luego su propio manillar.

—De momento, no.

Don Antonio asintió y se tocó la boina con un dedo, como quien cierra un trato y lo deja abierto.

—Aquí me tienes —dijo—. Cruzo despacio.

Toño volvió del reparto en doce minutos. Julita los había cronometrado. Se quedó mirando su reloj, pero no dijo nada. Toño se sentó en su caja.

Saqué la ficha de R. Era una página con un retrato que es un interrogante grande y una R. debajo, y llevaba seis pistas. Añadí dos:

- Pista 7. Conocía a Toño cuando usaba la bici pequeña.
- Pista 8. Le prometió una campanilla que sonara. Tardó años.

Toño me pidió el boli y escribió debajo, con su letra. Fuera de la lista, en mayúsculas de repartidor, apretadas, de las que se notan en la hoja de abajo:

PENDIENTE: me debe una explicación.

—¿Y no le vas a dar las gracias? —preguntó Julita. Lo preguntó despacio, como quien lleva una taza llena.

—Las gracias y la queja. Las dos. Cuando sepa a quién.



A la una entró Vera, con Miga en brazos y una ramita en el pelo.

—Vengo a pedir ayuda —dijo—. Miga ya sabe despegar. Ahora necesita un sitio seguro para aterrizar. —Hizo una pausa—. Ayer eligió mi sopa.

Me enderecé en el taburete desde la primera palabra. Miga llevaba un fideo colgado de un cuerno. Me miró y puso mi cara de «yo no he sido».

La tuya, exacta. Con fideo. —J.

—¿Necesitas a alguien rápido? —preguntó Toño desde su caja.

Miga se inclinó desde los brazos de Vera y le olisqueó el casco.

—Necesito a alguien que sepa esperar —dijo Vera.

—También sé. Desde esta semana.

Detrás de él, Julita levantó las dos manos, como quien se rinde en un atraco muy educado.

Yo también sé esperar. ¿Ya? —J.

Cuando no entiendo algo, hago una lista. Esta vez lo entendía y la lista salió igual: la última página de este cuaderno, la tabla de la entrega.

ENTREGA N.º 3. Lo que tardó cada uno:

- RAYO: diez minutos.
- R.: años.
- Toño: seis días.
- Julita, escuchando: once minutos (récord).

Toño se levantó de su caja, se ajustó el casco y comprobó con un dedo que la campanilla seguía derecha. Seguía.

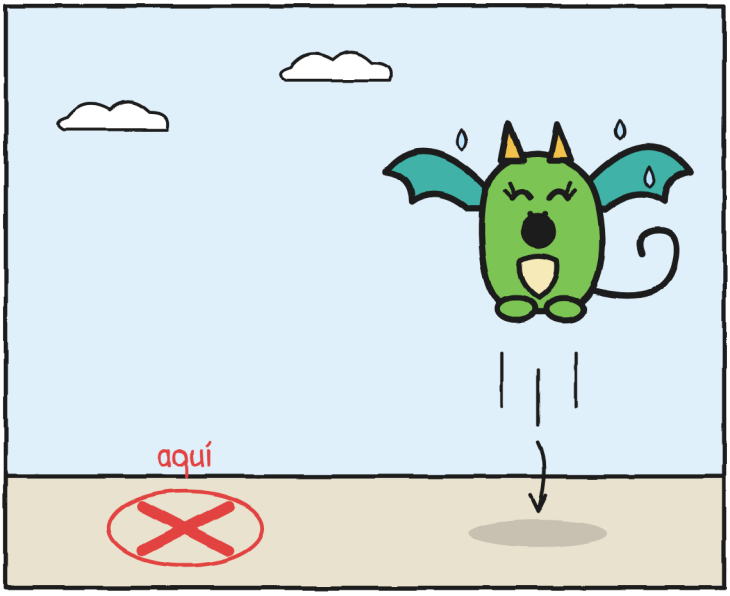
Se fue a su reparto. Desde la calle llegó un tilín. Y otro.

Esta vez la campanilla la tocaba él.

Yo todavía sueno sola. Estoy en ello. —J.

ENTREGAS IMPOSIBLES · 4

(muy pronto)



¿Dónde aterriza una cría de dragón que te copia? –J.

EL BARRIO (versión 3)



Y TÚ, ¿CÓMO TE LLAMAS?

A Toño lo llamaban Toñito. Ahora elige él cómo se llama. ¿Y tú?

Me gusta que me llamen...

_____

También me pueden llamar...

_____

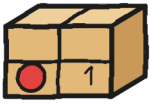
Prefiero que no me llamen...

_____

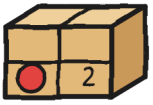
_____

Yo soy Julita. «J.» solo cuando firmo. –J.

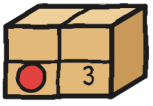
ENTREGAS IMPOSIBLES



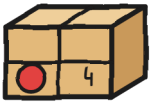
1 · Este paquete muerde



2 · No abrir antes del trueno



3 · Devuelto, por favor



4 · (muy pronto)

Quedan diecisiete. —J.

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Este libro existe en seis tallas, de 3 a 16 años, y en más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L cuentan la historia página a página, con los mismos dibujos y cada vez más matices. La XL es la novela: la misma historia, con sitio para todo lo que Guni piensa y no dice.

Niveles del MCER orientativos: XXS, pre-A1 · XS, A1 · S, A2 · M, B1 · L, B2 · XL, B2–C1.

Cada uno en su talla. Mismo tilín. —J.

PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com (con las actividades de la talla L)

BICI DE VERDAD: QUÉ HACER

1. Casco siempre, y bien abrochado. También para ir «solo aquí al lado».
2. Que te vean y que te oigan: luces, ropa clara y timbre. El timbre avisa; no manda.
3. Las dos manos en el manillar. Si algo te distrae, para en un sitio seguro.
4. La acera es de quien va a pie: allí, bici de la mano. Antes de cruzar, para y mira.

El sello SOLO EN EL CUENTO marca lo que pasa en el cuento y en la calle no.

ANTES DE SALIR, REVISA TU BICI

